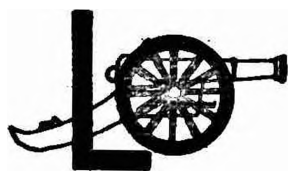


# EL ULTIMO CAÑONAZO

Por  
Mario BONNAT



A ESCUADRA había partido lejos. Los últimos humos de sus barcos se perdían en el horizonte. El

Almirante Williams y su gente iban a desafiar al enemigo refugiado en las fortalezas del Callao. Los barcos navegaban cargados de entusiasmo y de canciones guerreras.

Entretanto, en Iquique quedaron la "Esmeralda" y la "Covadonga" como dos gaviotas reumáticas. ¡Cuántos deseos de partir, de volar sobre el enemigo aunque fuese con las alas rotas y con el corazón traspasado por la vejez! Pero era imposible. Las pobres embarcaciones estaban amarradas a la bahía por su propia inutilidad.

El viento de la mañana jugaba entre sus mástiles, cuando en el horizonte aparecieron dos vapores que venían en dirección al puerto. Por las jarcias de las débiles naves se hizo subir entonces a los vigías. Desde lo alto del mesana atisbaron la lejanía. Era, en efecto, el enemigo que se acercaba: la "Independencia" y el "Huáscar".

A bordo hubo un gran alborozo. Por fin se presentaba la ocasión. El enemigo ahorrabá a 4os vetustos barcos el viaje que, para ir en su busca, no hubiesen podido efectuar. Los nervios ateridos de la "Esmeralda" y de la "Cova-

donga" pusiéronse en tensión. Sus tripulantes pasaban regocijados de proa a popa y de babor a estribor. Conversaban entre sí, predecían el triunfo y se hacían unos a otros recomendaciones para la batalla.

Los blindados peruanos seguían acercándose. Ya sus cascos de acero rebrillaban con el sol y a instantes se confundían con los reflejos blancos de la luz sobre las ondulaciones del mar.

Los capitanes de los buques chilenos se pusieron al habla. Prat dio instrucciones a Conde. Y al poco rato los blindados peruanos dejaron caer inmensas granadas sobre los contendores.

Era una lucha desigual. Los proyectiles de la artillería peruana hacían estragos en las cubiertas y en los cascos de las débiles naves chilenas; las balas de éstas rebotaban en las corazas de acero del enemigo. La "Esmeralda" y la "Covadonga" se sostenían con una heroicidad inaudita. El sol caminaba lentamente hacia el cénit. Hubiérase dicho que avergonzado de iluminar la inevitable muerte de unos cuantos valientes destrozados con sus barcos por la superioridad abrumadora del contendor.

Transcurrieron tres horas de incesante fragor. Los cañones de los blindados continuaban arrojando fuego y acero sobre las cubiertas maltrechas de la "Esmeralda" y de la "Covadonga", que ya apenas se movían, desmantela-

das de sus jarcias, entre el humo del combate. Sólo de cuando en cuando aparecía, en medio del humo, uno que otro pedazo de casco hecho astillas o de cubierta inundada de sangre y poblada de cuerpos inertes.

Los marinos chilenos, empecinados en luchar hasta el último momento, no se rendían a pesar de lo inútil del sacrificio. Impacientado entonces el capitán del "Huáscar", ordenó una maniobra decisiva: el monitor viró y se fue velozmente sobre la "Esmeralda", que con sus calderas inutilizadas, sin poder mover ni al esquivar el golpe, estaba ya próxima a sucumbir al peso del plomo enemigo y de la sangre de su propia tripulación.

El choque abrió una enorme brecha en el casco de la corbeta chilena, y sobre ella escupieron su fuego los dos más grandes cañones del blindado enemigo. Oyóse una voz de mando. Y se vio en la cubierta del "Huáscar" al capitán Prat y al Sargento Aldea, quienes avanzaban con sus espadas desnudas contra la torre de combate. Mas, pronto cayeron atravesados por las balas de los defensores.

La Esmeralda empezó a hundirse cuando recibió el segundo espolonazo de su adversario tenaz. Saltaron entonces al abordaje el teniente Ignacio Serrano y doce marineros. Todos murieron fusilados por enemigos ocultos tras los aceros del monitor. (1)

El "Huáscar" dio aún un tercer espolonazo a su heroica enemiga, y ésta se hundió por fin con la bandera al tope.

"El guardiamarina Ernesto Riquelme, que disparó el último cañón, pereció ahogado junto con muchos de los marineros: su nombre lo conservará la historia como emblema de serenidad en el sacrificio".

Así dice el texto que estudiamos hace ya muchos años en una escuela de la ciudad.

En aquellos tiempos un gran entusiasmo épico nos hacía estremecer de contento ante las proezas heroicas. Cuando el maestro nos relataba el "Combate de Iquique", nosotros estábamos siempre atentos a su disertación. No había entonces distracciones posibles que nos apartaran de sus frases.

En la sala de clases ni un rumor. Sólo se escuchaba la voz enfática del preceptor y el silencio fervoroso de los alumnos. Eran treinta o

cuarenta corazones que latían y soñaban con una hazaña semejante: cruzar mares, atisbar el horizonte, avistar un puerto o un barco enemigo, combatir hasta el último instante y sumergirse en las aguas bañado de gloria y de sangre.

Terminada la conferencia, alegres y bulliciosos salíamos al patio. En los minutos de recreo comentábamos infantilmente la disertación. Solían producirse controversias. Interpretaciones erradas. Graves discusiones. Y más de algún peneca entraba después a clase con la nariz enrojecida.

Era el entusiasmo del chiquillo que con los ojos todavía demasiado limpios y con el corazón demasiado nuevo ve las cosas del sentimiento en toda su esplendente magnitud.

Más tarde la vida va echando tierra a los ojos de esos colegiales. Ya no les brillan tanto las pupilas. El tiempo les ha marcado el corazón con su ritmo de desencanto. Y los libros de los filósofos les han puesto una pátina de leve escepticismo en el espíritu.

Los muchachos de antaño empiezan a mirar la vida con algo de frialdad. Prolijamente observan y pesan las ideas y los hechos antes de dar una opinión. El tiempo ha convertido a los niños en hombres. Ciertamente. Pero la vida suele tornar a los hombres en niños y les impulsa a cometer las mismas locuras que los muchachos. Eso sí, bajo la fiera firmeza de sus corazones de hombres.

Prat, Aldea, Serrano, Riquelme y los demás héroes del 21 de Mayo llevaban sin duda con ellos una dosis de escepticismo recogida en el diario bregar. Mas, llegado el momento solemne, la vida les echó fuera todos los desencantos. Y sus corazones de hombres volvieron a latir lo mismo que corazones de muchachos.

Frente a la enorme superioridad del adversario, no vislumbraron el peligro. No discurren. Sólo vieron la patria. Y Riquelme, acaso más niño y más hombre que los demás, disparó el último cañonazo cuando ya la "Esmeralda" se perdía con la bandera al tope en el mar.

Y esa bala postrera, que nada podía contra el enemigo, fue como una mano empuñada contra lo inevitable.

Reproducido del diario "El Tarapaca de Iquique del 21 de Mayo de 1927.

(1) No fueron todos. Varios se salvaron arrojándose al agua.